FIN DE LA JORNADA

Llovía. No había dejado de hacerlo desde las primeras horas de la tarde. Se sentía el creciente murmullo del temporal como una multitud confabulada contra el labrador, que permanecía aislado en una casita semiderruida en medio de la soledad enriscada de las lomas y los valles sinuosos y sin horizontes. Cuando empezaron a caer las primeras gotas se refugió en ella pensando que sería cosa de un rato pero, como la lluvia no paraba de arreciar y afirmarse, no le quedó otro remedio que sentarse tranquilamente a esperar una escampada, contemplando el atardecer grisáceo desde su prisión cerrada con barrotes de agua.

El caserío quedaba demasiado lejos como para aventurarse a regresar soportando los rigores de un cielo que se derramaba a chorros. A través del tejido de hilos acuosos pudo vislumbrar aún, al principio, envueltas en una niebla de nostalgia, las manchitas blanquecinas diseminadas en un prado entre las que se encontraba su casa; pero en poco tiempo todo quedó anegado por aquella pantalla gris que lo separaba del mundo, como un estómago que se lo hubiera tragado.

Corría el tiempo a la par de su impaciencia. La tarde cerraba más y más el impenetrable cortinaje grisáceo a los últimos retazos de claridad. Con serenidad y determinación la oscuridad lo estaba condenando a una noche de frío y hambre, en la única compañía de los murciélagos que colgaban del techo y de las innumerables goteras que, en progresión, constituían ya otra lluvia en el interior

del temporal, una lluvia privada de la cual resultaba difícil guarecerse al ir quedando cada vez menos huecos libres en su campo de acción.

Lo embargó de súbito el mismo sentimiento de desamparo de cuando era niño y hubo de abandonar la aldea para completar la primaria en un internado, donde estuvo a punto de enfermar de melancolía al verse separado de su familia por tanto tiempo, oprimido entre los patios amurallados y las aulas severas, reino de los maestros que le infundían tanto miedo que vivía cada día con la convicción de estar haciendo algo malo, quebrantando alguna norma ignorada entre tantas que le habían impuesto. Solo hablaba en clase, cuando le preguntaban algo, y siempre con voz temblorosa y pusilánime. Por eso también le costó tanto hacer amigos. Al principio no se relacionaba con nadie; aunque no solían tratarlo con desdén se sentía insuficiente para integrarse en el grupo. Sin embargo guardaba algunos buenos recuerdos de esa época, y por encima de todos el de Aurora, su compañera de pupitre en quinto curso, a la que él siempre había tenido como su primer amor.

Sin quererlo fue pasando revista a su pasado, tan rápidamente como si estuviera a punto de morir. Tiritando de frío y con el hambre royéndole por dentro es verdad que volvía a parecerse a aquel niño tímido y asustadizo.

Centelleó el primer relámpago y detrás vino el trueno esperado que él recibió con los dientes apretados y todos los músculos en crispación, en un intento instintivo e irracional por repeler el brutal estampido, aunque este gesto no lo libró lo más mínimo de

un estremecimiento de espanto que lo sacudió como a una mala hierba golpeada por el azadón. Siempre lo habían asustado las tormentas, como a un animalillo de corral que corría tembloroso a refugiarse en el hueco más cercano o bajo la protección de los mayores.

Dentro de las nubes comenzó a librarse un combate a morterazos entre las fuerzas del viento, del agua y de la electricidad, y daba la impresión de estar sufriendo la primera catástrofe de un armagedón. La lluvia y el viento arreciaban con ferocidad, como queriendo llevarse consigo las pobres ruinas que le daban cobijo. Nunca había sentido tan cercano el desaire de la naturaleza, ni había estado tan desprotegido ante otra adversidad. Era como estar de rodillas delante de todos los maestros de su infancia que venían a torturarlo de nuevo. Y él se sentía desnudo y minimizado ante esa crueldad infinita que se podía saborear con áspero desagrado.

Un estallido ensordecedor fue la señal inconfundible de la caída de un rayo en las inmediaciones. La casita pareció volar por los aires y él casi perdió el conocimiento, con la explosión todavía vibrándole en la cabeza. Tenía clarísimo que iba a morir y prefería hacerlo cuanto antes para dejar de sufrir de una vez por todas, para no sentir más el pánico por el dolor que aún le aguardaba.

Estaba empapado hasta los tuétanos. El suelo se había convertido en un barrizal donde los goterones repiqueteaban como metralla. La única razón que lo hacía permanecer en aquél precario refugio era que todavía lo resguardaba de la furia del vendaval. De todas maneras llegó un momento en el cual no podía saber si se

encontraba dentro o fuera, vivo o muerto, puesto que había perdido la noción de su propia persona y de cuanto le rodeada. El temporal lo transportaba como una hoja liviana a través de unos parajes de nubes agitadas, donde los árboles y las máquinas y los hombres, y sus animales por otro lado, como si fueran ligeros recortes de una ilustración campestre, ascendían en espirales turbulentas hasta quedar esparcidos en el techo de la tormenta. Y él seguía y seguía arrastrado por la corriente etérea que lo estiraba y lo extendía por la vastedad de aquél cielo encolerizado que parecía amenazar de muerte a los habitantes de la tierra, o por lo menos darles muestras de que tenía fuerzas para hacerlo cuando le apeteciera. Quedó maravillado ante la inmensidad de ese tapiz en el que las figurillas arrancadas del suelo parecían solamente diminutas incrustaciones de bisutería de poco valor, desprovistas de vida y significado. Habían desaparecido el hambre y el frío y una placidez inesperada reemplazó el lugar de sus temores. El rugido de la tempestad era su respiración. Las deflagraciones brutales partían de su pecho y los latidos de su corazón eran el impulso de los vientos huracanados. Se adentraba de tal forma en los entresijos de la naturaleza que llegó a creerse tan fuerte e infinito como ella. Rebaños enteros, cosechas extirpadas de raíz pasaban a través de su alma de brumas, como si fuera transparente y abarcara todo el universo, como si fuera parte del aire o de las masas nubosas que se expandían hacia un límite indefinido.

De pronto se entretuvo con la visión de un pajarillo que aleteaba con ahínco, luchando contra la ventisca y los ramalazos

tormentosos, resistiéndose a ser arrastrado. Pero, a pesar de su esfuerzo denodado, no paraba de retroceder vertiginosamente en contra de su voluntad y se perdió en la profunda negrura. Sin embargo, el hombre siguió notando ese aleteo en su interior con gran desasosiego, presintiendo la proximidad de su muerte, aunque el bienestar y la euforia que lo embargaban parecieran querer convencerlo de lo contrario y le quitaran importancia a aquella certeza. Se sentía en armonía con los elementos y muy cerca de Dios, tan cerca que pensó que lo que estaba percibiendo era su propio aliento divino.

Un trueno espantoso estalló amartillando cada palmo de su enorme cuerpo universal, arrugándolo y comprimiéndolo hasta su estado de insignificancia anterior. Allí estaba, solo, al amparo dudoso de las paredes corroídas que rechinaban queriendo desmoronarse ante los empujones del viento que resoplaba como un toro enfurecido en busca de destrucción.

No quería morir. Con una sola demostración del poder oculto en la inmensidad de la que había creído formar parte se disipó su confianza y su entereza. Por mucho que la muerte se presentara como un alivio para su agonía, por mucho que la eternidad se le hubiera mostrado tan grandiosa y placentera, aún le tenía demasiado apego a la vida como para dejarse separar de ella con tal anticipación. Le quedaban demasiadas cosas por hacer y algunos vacíos por llenar para sentirse a gusto consigo mismo. Le faltaba, sobre todo, experimentar las sensaciones desconocidas del amor después de haberlo soñado tanto, porque ese era su mayor deseo cuando pensaba en su adorada Yolanda, con su melena

ondulada jugando suelta con el viento y cayendo como una cascada hasta tocar su cintura, y aquélla boquita rosada como dibujada con esmero, y las lanzadas directas de sus ojos verdes penetrándolo cuando se encontraban, y sus pálidas mejillas que se sonrojaban al tiempo, ardientes por la cercanía de su indeciso enamorado.

¿No merecía la pena estar vivo solo por verla cada día?

Inesperadamente, mientras tomaba la determinación de declararle su amor en la primera ocasión que se la encontrara a solas, el pajarillo extraviado en el temporal entró por la puerta y se posó tranquilamente sobre el piso embarrado. Era un petirrojo. Empezó a picotear en el lodo bajo la mirada atenta y maravillada del labrador, sin mostrar el menor estremecimiento ante los embates brutales que sufrían sin descanso los paramentos del refugio.

Se estaba confirmando la negrura de la noche y el hombre, armándose de arrojo, salió corriendo en dirección a donde él creía que se ubicaba el caserío, espantando con su ímpetu al petirrojo que levantó el vuelo y volvió a internarse en la opacidad rugiente.

Los dos desaparecieron dejando vacía la casita que, en la tristeza de la noche, parecía una cabeza de piedra con la boca desportillada y sin dientes, abierta de par en par.

Ruhiz Pedregosa © 2021